TRANSPARENCIA FENOMENOLÓGICA Y DISPOSICIÓN AFECTIVA EN *PEPITA JIMÉNEZ*

Francisco Javier Higuero
Wayne State University

Abundan estudios en torno a *Pepita Jiménez*, considerada una de las novelas más representativas de la producción literaria de Juan Valera, en los que se alude desde diversos posicionamientos críticos al modo como se encuentran caracterizados los personajes claves de dicho relato. Muestras de dichas aproximaciones textuales aparecen a lo largo de lo expuesto por Luis González López en *Las mujeres de don Juan Valera*, Robert S. Lott en *Language and Psychology in "Pepita Jiménez"*, Rosendo Díaz Peterson en "*Pepita Jiménez* de Juan Valera, o la vuelta al mundo de los sentidos" y Carlos Feal en "*Pepita Jiménez* o del misticismo al idilio." Partiendo de tales aportaciones, las páginas que siguen aspiran a evidenciar la modalidad fenomenológica utilizada por don Luis de Vargas, convertido en el narrador homodiegético de lo relatado en la sección titulada "Cartas de mi sobrino", para referirse a las disposiciones afectivas con las que tal personaje conceptualiza sus inesquivables sentimientos focalizados, con apremio cada vez más pronunciado, en la viuda Pepita Jiménez, quien los provoca intencionada y hasta directamente. De acuerdo con lo advertido en términos teóricos por Pablo Redondo Sánchez en "El autoconocimiento y la fenomenología de los afectos," si hay algo que caracteriza el proceder fenomenológico es, sobre todo, un constante ejercicio de fidelidad a lo vivido, acompañándolo y repitiéndolo, sin traicionarlo. Esta caracterización ha sido tratada en el conjunto de las especulaciones filosóficas de Edmund Husserl, lo mismo que en los raciocinios existencialistas evidenciados en *El ser y el tiem-*

po de Martin Heidegger.[1] La línea argumentativa de tal escrito ensayístico evidencia un desacuerdo frontal con la prioridad otorgada a la reflexión como método idóneo para lograr, en último término, la transparencia que ayude a obtener un cierto autoconocimiento. Según lo raciocinado por Heidegger, el hecho de que toda vivencia pueda caer en cualquier momento bajo la mirada reflexiva implica el peligro permanente de alejarse del ineludible ritmo existencial. Para decirlo de modo algo diferente, si alguien se quiere conocer a sí mismo reflexivamente, no está practicando un autoconocimiento adecuado, pues la ejecutividad preteórica que originariamente constituye el ser se desvanece en él. Por consiguiente, si hay algo que debe evitarse para llegar al autoconocimiento es la reflexión especulativa, en la que, sin embargo, suele caer con relativa frecuencia el narrador homodiegético de "Cartas de mi sobrino" cuando intenta expresar su estado de ánimo en la correspondencia enviada al señor Deán.

A la hora de evidenciar el peligro desvirtuador que la reflexión desencarnada supone para aproximarse genuinamente a la existencia, los raciocinios de *El ser y el tiempo* remiten una y otra vez a lo adelantado por Aristóteles en la *Retórica*, en donde se destaca el papel imprescindible desempeñado por la cotidianidad al convivir los seres humanos de la forma que fuere. Frente a la argumentación lógica destinada a un receptor desvinculado existencialmente del contenido que se trata de demostrar, el discurso retórico versa sobre determinados juicios proyectados en las acciones y en las relaciones establecidas entre diversos individuos concretos. Tal proceder argumentativo se evidencia en el comportamiento epistolar de don Luis, quien no deja de esforzarse por tener en cuenta lo que el señor Deán, convertido en el narratario de lo relatado, supone existencialmente para quien escribe las cartas en cuestión. El talante, el carácter y la actitud de don Luis, al relatar lo contenido en sus escritos, dependen en gran parte de las disposiciones adoptadas por el

[1] Aunque Husserl ha sido considerado como el padre de la fenomenología, se aprecia en el desarrollo del pensamiento de este filósofo un cambio manifiesto que se extiende desde lo ejemplificado racionalmente en las *Investigaciones lógicas*, hasta lo defendido con insistencia inequívoca en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Si al comienzo de las reflexiones fenomenológicas Husserl ponía énfasis, sobre todo, en el sujeto que establece relaciones de intencionalidad con el objeto, al final se interesa, de modo explícito, por el mundo de la vida, anterior a conceptualizaciones desvirtuantes.

narratario que recibe dichas cartas.[2] Las estrategias discursivas del que relata algo emplaza al narratario en una determinada disposición afectiva. A este respecto conviene puntualizar que en *El ser y el tiempo* se advierte, de entrada, que los afectos incitados e inducidos no vienen a consistir en un tinte subjetivo que el receptor de lo presuntamente comunicado agrega a las expresiones proferidas, sino que más bien contribuyen a provocar una respuesta orientada en un determinado sentido. No se trata, pues, de acompañar una disertación con un tono anímico que se adhiere al supuesto carácter objetivo de ésta, sino que el afecto o la pasión motivadas determinan lo que las palabras son para el que las escucha o las lee. Por consiguiente, la importancia de los afectos radica en que forjan no sólo opiniones diversas ante un mismo discurso, sino, ante todo y yendo mucho más lejos, perspectivas diferentes de la realidad y de uno mismo. Heidegger ve en lo raciocinado por Aristóteles en la *Retórica*, la oportunidad de sacar a la luz el papel desempeñado por los afectos como modos decisivos de ser, como determinaciones de la posibilidad de ser del hombre, poniendo así en entredicho ciertas concepciones que los reducen a fenómenos coyunturales, a disposiciones anímicas pasajeras que obstaculizan la obtención de conocimiento alguno sobre la existencia, distorsionándola. En otros términos, los afectos no son un cúmulo emocional ingobernable que impide el autoconocimiento, sino justamente lo que abre nuevas vías para lograrlo, conforme lo ha advertido Roberta de Monticelli en *El futuro de la fenomenología. Meditaciones sobre el conocimiento personal*. De hecho, la fenomenología de los sentimientos vitales abre realmente nuevos caminos al conocimiento del yo, el cual no puede reposar en un dispositivo de objetivización, ni tampoco puede consistir en una cierta metamorfosis, en virtud de la cual la existencia vivida pase a ser vista; se trata, más bien, de que se haga transparente a sí misma y este requerimiento no puede apuntar más que al hecho de que dicha existencia se esclarezca, en última instancia, desde algunos de los momentos ejecutivos que la constituyen.[3]

---

[2] En *A Theory of Narrative* de F. K. Stanzel, lo mismo que en *Narrative as Rhetoric* y *Living to Tell about It* de James Phelan, se insiste en la importancia creciente adquirida por la función diegética del narratario a la hora de estudiar determinados discursos con los que se desea transmitir la historia de lo relatado.

[3] En términos generales pudiera establecerse una cierta equivalencia entre ejecutividad y acción.

En *El ser y el tiempo* se atribuye a los afectos una relación expresa con el propio ser, sin recurrir a representaciones teóricas, sino del modo más natural y cercano posible. No debería olvidarse, a este respecto, que es en los afectos donde acontece una tendencia preteórica de sí mismo, satisfaciéndose así una de las exigencias primordiales para lograr la transparencia sobre el propio ser y para obtener el autoconocimiento bien entendido. En contraposición con todo esto, se precisa puntualizar que lo público deforma y encubre, no cabiendo encontrar en ello el sustrato adecuado para el autoconocimiento que se busca. Sin embargo, resulta ser cierto que en la *Retórica* de Aristóteles se detecta una acentuación inequívoca puesta en el carácter intersubjetivo de los afectos. Éstos surgen, se modifican y se reflejarán en las acciones sobre la base de un ejercicio intersubjetivo permanente. En consecuencia, las pasiones y los afectos pueden llegar a constituirse en una suerte de conciencia social originaria, la cual pudiera acaso desvirtuarse al caer presa de las exigencias alienadoras de una cotidianidad inauténtica y sin atributos.[4] Fácilmente, en tales circunstancias, el discurso retórico, al margen de la modalidad por él adoptada, puede quedar inserto en el ámbito de lo inauténtico. Para salvar tal peligro, se precisa que los afectos, ejemplificados en un primer momento en el mundo compartido de la persuasión retórica, de la escucha y del diálogo, se interioricen, individualizándose si fuera necesario. En lo que concierne a la trayectoria narrativa de lo relatado en "Cartas de mi sobrino", tal interiorización se lleva a cabo cuando don Luis se aparta de las distracciones ocasionadas por la cotidianidad del espacio social en donde se halla, sumergiéndose en el ejercicio deconstructor de la escritura que posibilita ausentarse de amenazas alienantes. Ha sido Jacques Derrida quien en *La escritura y la diferencia* y *De la gramatología* advierte la ineludible conexión existente entre lo connotado semánticamente por los respectivos conceptos de escritura y ausencia. Según lo expresado por dicho pensador, el ejercicio de la escritura presupone la ausencia inmediata de aquello a lo que apunta lo escrito. Por otro lado, el destinatario que leerá lo elaborado por el escri-

---

[4]En el pensamiento existencialista de Heidegger se critica abiertamente la adulteración que las características generales de la cotidianidad ejercen en el marco de la convivencia diaria. Es sobradamente conocido el posicionamiento adoptado en *El ser y el tiempo* cuando se afirma que la cotidianidad no permite que la existencia se haga transparente, sino que, antes al contrario, la encubre. En el dominio de lo público se sustrae la posibilidad de que el ser llegue a mostrarse a sí mismo.

tor se encuentra ausente de éste, al menos en el momento que se lleva a cabo el ejercicio de la escritura. Tales apreciaciones críticas de signo deconstructor parecen orientadas a defender el hecho de que el lenguaje es ante todo y precisamente escritura, de la que es preciso partir para criticar la dimensión de voz como expresión de sentido. Conjuntamente con este interés depositado en la escritura, Derrida apuesta por un pensamiento que lee con minuciosidad, consideración profunda y cautela, las puertas abiertas que dejan los vacíos y márgenes del texto. A esta estrategia focalizada en la escritura y encaminada a encontrar elementos textuales subversivos se la designa con el lexema de gramatología, ciencia que se propone desedimentar las determinaciones especulativas del logofonocentrismo, los obstáculos epistemológicos y culturales que funcionan como soporte de los prejuicios y presupuestos más enraizados del pensamiento occidental, entre los que se encuentran el de la solidaridad con una metafísica de la presencia implicada en la devaluación y consiguiente marginamiento de la escritura.[5]

Lo expuesto en la correspondencia epistolar redactada por el narrador homodiegético de "Cartas de mi sobrino" se encuentra contextualizado dentro del marco deconstructor de presencias fenomenológicas, promovido por las inesquivables ausencias involucradas en el ejercicio de la escritura. No obstante se precisa matizar que las susodichas presencias, tal vez tachadas del modo que fuere, se hacen transparentes fenomenológicamente a través de las disposiciones afectivas reflejadas por lo expresado de uno u otro modo en dicha correspondencia. De tales presencias existen huellas en los acontecimientos y estados emocionales de ánimo relatados con todo lujo de detalles. Por consiguiente, las presencias tachadas por la escritura no necesariamente son segregadas al ámbito definitivo y olvidadizo de ausencias irremediables. Debería tenerse en cuenta, a este respecto, que, conforme ha sido explicado por Derrida en *Margins of Philosophy* y *Posiciones*, la huella vendría a ser lo que excede lo connotado semánticamente por la dicotomía binaria en la que se integra la bipolaridad causante del enfrentamiento de la presencia con su contraria, la ausencia. Para expresarlo de otro modo, la huella se

[5]La raíz *grama* del lexema gramatología apunta a la posibilidad de toda inscripción en general. De acuerdo con este pronunciamiento etimológico, es la escritura propiamente dicha la que se encuentra en la base de cualquier tipo de aproximación gramatológica.

convierte en el simulacro de una presencia que se disloca, se desplaza y remite a otra huella o mero simulacro de presencia, en predisposición a continuar tal proceso de dislocamiento. Lo escrito por el narrador homodiegético de "Carta de mi sobrino", muestra epistolar recogida en gran parte de lo relatado en *Pepita Jiménez*, no deja de constituir un ejemplo de disposiciones afectivas, convertidas en huellas de las intensidades previas experimentadas por tal personaje, pero ausentes en el momento en que se produce el ejercicio de la escritura. Para poder apreciar la pertinente diferencia que existe entre lo connotado semánticamente por los respectivos conceptos de intensidades y disposiciones, convendría recurrir a lo desarrollado con rigor precisión y detalle por Jean-François Lyotard en *Libidinal Economy*. Por intensidades se entienden los afectos y sentimientos, acciones y sucesos, en el momento en que se producen y con anterioridad a cualquier intento de categorizarlos, objetivizándolos o reflexionando con más o menos frialdad sobre ellos. Las disposiciones canalizan y estructuran, de algún modo, las intensidades. Sin embargo, Lyotard reconoce que dichas disposiciones han perdido gran parte de la energía y la habilidad de emerger libremente, propia de las intensidades, las cuales no poseen ni proyectan significados fijos e inmutables. El dinamismo inherente a las intensidades se pierde cuando se las estructura en las disposiciones con el fin de encontrar significado en ellas. Por consiguiente, las disposiciones debilitan la energía de las intensidades, aunque aquellas dependen de éstas, sin cuya existencia previa no existirían. Ahora bien, las disposiciones, a su vez, pueden convertirse en fuente de nuevas intensidades y, en consecuencia, todavía poseen alguna energía no eliminada por completo. Se advierte, a este respecto, en *Libidinal Economy*, que no existe una oposición tajante entre intensidades y disposiciones. El nexo que, de hecho, se produce entre ellas, es de doble dependencia. Para expresarlo de modo algo diferente, las disposiciones dependen, en cierto sentido, de las intensidades previas, a las que estructuran dotándolas de significado y, por otra parte, tales disposiciones no consiguen eliminar por completo la energía de aquéllas, dando lugar, con frecuencia, a nuevas intensidades. De todo esto se deduce que la relación existente entre disposiciones e intensidades no consiste en un enfrentamiento como el que pudiera producirse en una dicotomía binaria, abierta siempre a ser deconstruida. Entre disposiciones e intensidades se pone de relieve una duplicidad manifiesta, según la cual aquellas tratan de apoderarse y reprimir

la energía de éstas, estructurándola, al tiempo que contribuyen a ocasionar nuevas intensidades, acaso ocultas y disimuladas dentro del encauzamiento producido por las disposiciones. En consecuencia, si algo caracteriza al nexo que relacionaría a las intensidades con las disposiciones no sería la dualidad, sino la duplicidad, la cual aparece y se desarrolla como efecto del encuentro, más o menos pacífico, de dos elementos claves conocidos con los respectivos lexemas de tensor y disimulo. El tensor permite traducir los acontecimientos en signos o las intensidades en disposiciones. Ahora bien, el disimulo puede explicar cómo se lleva a cabo esa traducción, al tiempo que las intensidades no son eliminadas por completo y continúan actuando dentro de las disposiciones, llegando a producir nuevas intensidades.[6]

Lo escrito por el narrador homodiegético de "Cartas de mi sobrino" de *Pepita Jiménez* presupone la existencia previa y anterior de intensidades o afectos y deseos que experimenta ese personaje al sentirse fuertemente atraído hacia la joven viuda cuyo nombre da título a la novela de Valera. Lo que don Luis siente cuando establece algún tipo de transacción relacional con Pepita viene a ser una muestra de intensidades.[7] La energía de tales emociones se convierte en objeto de estructuración semántica en la mencionada escritura epistolar, la cual no sólo adquiere un papel deconstructor, de acuerdo con lo ya adelantado, sino que se convierte en tensor de la disposición afectiva ejemplificada y sentida por don Luis cuando escribe las cartas pertinentes al señor Deán. Dicho de otro modo, lo que aparece y se proyecta en las cartas redactadas no es una muestra de la presencia de intensidades, sino de disposiciones. Tal vez las intensidades se encuentran ausentes o hayan sido tachadas deconstructoramente por las huellas ocasionadas en las consiguientes disposiciones afectivas, las cuales sí que cobran una presencia propensa a ser estudiada desde parámetros críticos de signo fenomenológico. Por otro lado, no resulta superfluo insistir en el hecho de que en

---

[6]Para una explicación detallada de los conceptos de intensidades, disposiciones, duplicidad, tensor y disimulo, tal y como se encuentran expuestos teóricamente en *Libidinal Economy*, deberían consultarse los comentarios críticos desarrollados con claridad, soltura, nitidez y distinción por James Williams en *Lyotard. Towards a Postmodern Philosophy*.

[7]Las aportaciones provenientes del ámbito de estudio a que se dedica el análisis transaccional, conforme lo ha evidenciado Eric Berne en *What Do You Say After You Say Hello?*, *Transactional Analysis in Psychotherapy* y *Games People Play*, son de gran utilidad a la hora de tratar el comportamiento pragmático de los personajes pertenecientes a la historia de un relato.

el interior de dichas disposiciones residen duplicidades que disimulan, sin eliminar la posibilidad de que surjan nuevas intensidades, calificadas también de afectivas. De hecho, el narrador homodiegético de las "Cartas de mi sobrino" ha sentido las intensidades de sus afectos focalizados en Pepita y al escribir sobre ellas en la correspondencia dirigida al señor Deán se vale de tensores que intentan proyectar connotaciones semánticas estructuradas sobre tales sentimientos. Dichos tensores forman parte de las disposiciones afectivas de don Luis, en las que se halla inserta un disimulo que, con duplicidad oculta, produce nuevas intensidades, ejemplificadas en la transformación padecida por ese personaje y de la que es consciente de forma explícita, conforme lo pone de relieve sobre todo al escribir las líneas finales de la carta con que se ultima la correspondencia recogida en el apartado epistolar aquí estudiado. Del siguiente modo se expresa tal narrador homodiegético a este respecto:

> Mi padre no sabe nada, no sospecha nada. Más vale así. Adiós. Hasta dentro de pocos días, que nos veremos y abrazaremos.
>
> ¡Qué mudado va usted a encontrarme! ¡Qué lleno de amargura mi corazón! ¡Cuán perdida la inocencia! ¡Qué herida y qué lastimada mi alma! (105)

Obsérvese la triple duplicidad que las líneas últimas de lo escrito por don Luis ponen de relieve. En primer lugar, este personaje se refiere al hecho de que su padre ignora y desconoce no sólo las intensidades sino hasta las disposiciones afectivas padecidas por don Luis. Tal desconocimiento sería producto y consecuencia de la primera duplicidad, al ocultar dicho personaje lo que siente, utilizando presuntas estrategias de disimulo. La segunda duplicidad no trasciende la propia interioridad del narrador, el cual en cartas previas al señor Deán le deja entrever explícitamente que no existe en él disposición afectiva hacia Pepita y, por tanto, no hay motivo de alarma. Posiblemente así es como tal disposición se transparentaba, de modo fenomenológico, a la mirada ingenua de don Luis. Finalmente, la tercera duplicidad procede del desenmascaramiento de lo ocultado en la segunda que, en última instancia, se revela en su nitidez desestabilizadora a los ojos del autoritario señor Deán. Lo que había ocultado a su propio padre, al narratario de las cartas escritas, y a sí mismo, don Luis no puede menos de hacerlo explícito, habiéndolo convertido en una inesquivable disposición afectiva, de la que ya resulta muy difícil prescindir. Aun en el caso de que

dicho narrador abandonara el lugar convertido en sitio de conflictos emocionales, las disposiciones en cuestión reflejan la metamorfosis producida en la personalidad de don Luis desde el comienzo de la correspondencia mantenida con el señor Deán. Las huellas de las intensidades escondidas en las disposiciones afectivas del narrador homodiegético de las "Cartas de mi sobrino" aluden directa o implícitamente al sitio donde se produce el conflicto padecido por dicho personaje. Conviene no olvidar, a este respecto, que cualquier modalidad de presencia, aun la ocultada en huellas deconstructoras, no puede eludir encontrarse asentada, según los casos, en espacios, lugares o sitios determinados, conforme lo ha advertido en términos fenomenológicos Hans Ulrich Gumbrecht en *Production of Presence*. No obstante, se precisa diferenciar entre las connotaciones semánticas de lo entendido por espacio, lugar y sitio. La primera de estas nociones no deja de contener un pronunciado bagaje impersonal y hasta cierto punto cuantificable desde parámetros geométricos. En cuanto tal, el espacio no poseería nombre propio. Si se desea otorgar dicho nombre, ya se está proyectando sobre él una cierta significación y entonces se llega a producir la transformación del espacio en lugar. Por otro lado y en conformidad con lo explicado por Peter Brooker en *A Glossary of Cultural Theory*, el sitio vendría a ser el espacio o el lugar en donde se produce un conflicto que resulta ser muchas veces irresoluble.[8] En lo concerniente a lo narrado en la trayectoria diegética de "Cartas a mi sobrino," se precisa puntualizar que aparece un espacio convertido en lugar de forma muy vaga, pues nunca se dice explícitamente el nombre del pueblo en donde se encontraba don Luis, aunque haya referencias muy generales a la región de Andalucía. Ahora bien tal espacio o quizás lugar, dentro de la trayectoria diegética de lo relatado, evidencia un ejemplo nítido y manifiesto de lo que en términos narratológicos se entiende por ambientación simbólica. Dicho recurso textual consiste en evidenciar una cierta adecuación entre las condiciones atmosféricas externas y los sentimientos internos experimentados como intensidades o traducidos como disposiciones por ciertos personajes en determinadas contextualizaciones concretas.[9] En el caso concre-

[8]De lo argumentado por Lyotard en *The Postmodern Condition* y *The Differend*, el concepto de diferencia encapsula conflictos considerados de imposible resolución.

[9]Según lo señalado por Robert Liddel en *A Treatise on the Novel*, la ambientacón simbólica acompaña de cerca a los acontecimientos narrados, llegando a encontrarse estrechamente unida a ellos, de tal forma que se pierde la neutralidad de la misma. Así por ejemplo, sucesos impetuosos acontecerán en circunstancias que no dejan de aparecer como conflictivas.

to de lo relatado en las "Cartas a mi sobrino," es la placidez benevolente de la naturaleza en la región andaluza, la que favorece la aparición de sendas intensidades canalizadas como disposiciones en la escritura epistolar de Don Luis.[10] Por otro lado, no está de más advertir que el espacio anónimo o el lugar repleto de connotaciones semánticas se convierten en sitio al producirse dentro de ellos mismos intensidades acaso no resueltas ni siquiera mediante la estructuración de las respectivas disposiciones afectivas. No debería olvidarse que lo expresado por dicho personaje al final de la ultima carta no apunta hacia resolución satisfactoria alguna y muy bien pudiera constituir un ejemplo de lo entendido como diferencia en las reflexiones postmodernas de Lyotard, es decir, un ineludible conflicto que ni es resuelto ni se encuentra propenso a beneficiarse de solución satisfactoria alguna. De cualquier forma, dicha irresolubilidad se encuentra inserta en las disposiciones afectivas a las que alude una y otra vez el narrador homodiegético de las "Cartas de mi sobrino," el cual no puede evitar, sin embargo, ensimismarse en reflexiones lógicas, relegadas en todo caso a un papel secundario. Tales reflexiones no dejan de impedir la transparencia fenomenológica buscada en la aludida correspondencia, conforme se pone de relieve en las siguientes consideraciones divagatorias de don Luis:

> La hermosura, obra de un arte soberano y divino, puede ser caduca, efímera, desaparecer en el instante; pero su idea es eterna, y en la mente del hombre vive vida inmortal, una vez percibida. La belleza de esta mujer, tal y como hoy se manifiesta, desaparecerá dentro de breves años: ese cuerpo elegante, esas formas esbeltas, esa noble cabeza, tan gentilmente erguida sobre los hombros, todo será pasto de gusanos inmundos; pero si la materia ha de transformarse, la forma, el pensamiento artístico, la hermosura misma, ¿quién la destruirá? ¿No está en la mente divina? Percibida y conocida por mí, ¿no vivirá en mi alma, vencedora de la vejez y aun de la muerte? (77)

De una lectura detenida de estas reflexiones protagonizadas por el narrador homodiegético de las "Cartas de mi sobrino," se

[10]La hermosura acogedora de la naturaleza ejemplificada en lo relatado a lo largo del discurso diegético de *Pepita Jiménez* contrasta con la agresividad intempestiva que acompaña a gran parte de la historia narrada en *Peñas arriba* de José María de Pereda o al primitivismo inclemente de zonas rurales arrojado sobre personajes indefensos y sumamente vulnerables, conforme se transparenta en el contenido temático de *La madre naturaleza* de Emilia Pardo Bazán.

desprende que dicho personaje, por un lado, utiliza representaciones teóricas, criticadas en término generales a través de los raciocinios especulativos de Heidegger expuestos en *El ser y el tiempo* porque contribuyen a desvirtuar la ingenuidad existencial. Por otra parte, don Luis también hace uso de un discurso retórico, presuntamente subordinado a las convicciones teológicas ostentadas por el señor Deán y transmitidas previamente a aquel narrador homodiegético de lo relatado. Conviene aclarar, a este respecto, que aunque Heidegger favorece, en algunas circunstancias la utilización de estrategias discursivas que se remontan a lo adelantado por Aristóteles en la *Retórica* y que contribuyen a la apreciación de la existencia temporal, también es cierto que, con frecuencia y, sobre todo, cuando sucumben al dominio de lo público, pueden contribuir a desencadenar alienaciones, fomentando la inautenticidad y hasta la falta de transparencia. Tal es lo que le acaece al narrador homodiegético en cuestión cuando intenta complacer al narratario, utilizando un tipo de discurso retórico que éste le ha imbuido durante los largos años de preparación para recibir el sacramento de las órdenes sacerdotales. Conforme se puede apreciar, esta utilización retórica es tan desvirtuadora de las disposiciones afectivas como la misma reflexión lógica, criticada una y otra vez y en términos generales a lo largo de los raciocinios existencialistas de *El ser y el tiempo*. Sin embargo, el narratario no caerá en la trampa argumentativa elaborada por el narrador homodiegético de las "Cartas de mi sobrino," pues percibe la transparencia fenomenológica de las disposiciones afectivas que, a pesar de todos los disfraces, ocultamientos y retóricas, no es capaz de esconder don Luis. Al final de lo relatado en la correspondencia epistolar, dicho narrador abandonará tanto las reflexiones lógicas como las estrategias retóricas, quedándose únicamente con las disposiciones afectivas, conforme ya se ha puesto de relieve con anterioridad.

El esfuerzo implicado en el ejercicio de la escritura epistolar ejecutada por el narrador homodiegético de "Cartas de mi sobrino" parte del conocimiento que este personaje posee de las profundas convicciones asumidas por el señor Deán. Tal conocimiento ha sido adquirido en los años de formación eclesiástica. Para expresarlo de modo algo diferente, se produce un inevitable retroceso temporal que favorece el relato de lo narrado por don Luis, personaje repleto de disposiciones afectivas más o menos ambiguas en algunas ocasiones y altamente desestabilizadoras

de su propia autenticidad existencial en otras. Las disposiciones relatadas por dicho narrador vienen a traducir en cierto modo las intensidades previamente experimentadas.[11] Para expresarlo de forma algo diferente, se podría afirmar que quizás lo narrado por dicho personaje no deja de evidenciar sino una cierta extensión existencial de su propio ser auténtico y genuino. De acuerdo con lo señalado por Paul John Eakin en *Touching the World*, *How Our Lives Become Stories* y "What Are We Reading When We Read Autobiography?," lo narrado por cada cual, especialmente cuando se mantiene correspondencia epistolar o se escribe una autobiografía, viene a constituir con frecuencia algo así como la rúbrica que rodea a la firma del propio ser y se convierte en una prolongación temporal del mismo. Debería tenerse en cuenta, a este respecto, que sin temporalidad no es factible narrar nada. La existencia del propio yo se encuentra inserta en coordinadas temporales a las que se precisa recurrir para relatar lo expuesto en la escritura autobiográfica. En el caso concreto de la narración ejemplificada a lo largo de las "Cartas de mi sobrino", la temporalidad existencial se transparenta fenomenológicamente de diversas formas. Por un lado, no deja de advertirse que sobre las disposiciones afectivas, no exentas de un ineludible conflicto, pesan los años de formación eclesiástica impuesta bajo la autoridad represora del señor Deán. Dicha dimensión temporal focalizada en las huellas de un pasado que no deja de hacerse presente entra de lleno en el ámbito psicoanalítico del orden de lo simbólico, el cual contribuye a producir una opresión y un malestar acaso no muy distante del aludido por Sigmund Freud en *Civilization and its Discontents*.[12] Es el ámbito de lo simbólico el que, según lo advierte Julia Kristeva en *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art* y *Revolution in Poetic Language*, ejerce todo tipo de imposiciones sobre el de lo imaginario, repleto de placer y satisfacción, aunque en algunas ocasiones parezca no restarle alternativa alguna

[11] A la hora de estudiar las pertinentes estrategias para traducir las intensidades en disposiciones o lo expresado en juegos de lenguaje más o menos compatibles entre sí, convendría tener en cuenta la disquisiciones teóricas de Manuel Hernández Iglesias, recogidas en *El tercer dogma*.

[12] En *Freud. una interpretación de la cultura* explica Paul Ricoeur con claridad que lo connotado semánticamente por múltiples modalidades concretas de lo que se entiende por cultura pertenece al principio de la realidad, en oposición al del placer. De ser esto cierto, la cultura no trascendería el ámbito de lo simbólico, estudiado en *Los cuatros conceptos fundamentales del psicoanálisis* y *Speech and Languages in Psychoanalysis* de Jacques Lacan.

sino la sumisión.[13] En tal ámbito de lo simbólico ha sido educado don Luis durante los años de formación para el sacerdocio y de lo escrito por este personaje en las "Cartas de mi sobrino" se deduce que no parece ser capaz de desprenderse de tal bagaje cultural opresor, encontrándose imposibilitado para disfrutar del ámbito de lo imaginario, en donde reside el placer. Las disposiciones afectivas que demuestra poseer don Luis resultan incapaces de ocultar un pronunciado conflicto existencial, pues en ellas pesa, de forma abrumadora, la carga de un pasado que se pone de manifiesto en el ámbito de lo simbólico, presente, aunque sólo sea bajo la forma de huellas e indicios deconstructores promovidos por ausencias existenciales y por determinadas formas de temporalidad no resignadas a integrarse en ese pasado marchito y caduco.

La razón por la que el narrador homodiegético de las "Cartas de mi sobrino" se dedica a poner por escrito huellas de intensidades ocurridas previamente se debe a que dicho personaje parece poseer una deuda no disimulada con el tiempo pasado, al que pertenecía el narratario de dicho relato. En *Lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Paul Ricoeur explica, a este respecto, no sólo la diferencia hermenéutica existente entre huella y deuda, sino también la relación conceptual que puede establecerse entre ambas. Según este pensador, es precisamente en el pasado, considerado en términos generales y amplios, en el que se percibe el entramado temporal existente entre la huella, en donde, en conformidad con lo explicado, convergen deconstructoramente tanto la presencia como la ausencia, y la deuda contraída respecto a tal pasado. Así pues, conviene dejar claramente establecido que la huella y la deuda van juntas, pero en modo alguno se identifican. En todo caso, la deuda sería algo así como el resorte de que se dispone para reactivar el pasado, mientras que la huella se convertiría en el camino obligatorio a seguir para, de algún modo, asumir o responsabilizarse de lo ya acaecido. En lo concerniente a lo narrado en las "Cartas de mi sobrino", no está de más puntualizar que don Luis poseía una doble

[13] Aunque el concepto de lo simbólico vendría a ser equivalente en los estudios postfreudianos de Lacan y Kristeva, conviene hacer notar que es en el plano de lo imaginario donde pudieran surgir algunas divergencias de matiz. Conforme lo ha señalado Vincent B. Leintch en *Cultural Criticism. Literay Theory. Poststructuralism*, Kelly Oliver en *Reading Kristeva. Unraveling the Double-bind* y Anne-Marie Smith en *Julia Kristeva. Speaking the Unspeakable*, Kristeva llega hasta negarse a utilizar el lexema imaginario, prefiriendo sustituirlo por el de semiótico.

deuda respecto al señor Deán. En primer lugar, la educación eclesiástica, proporcionada al narrador durante doce años por el narratario de la correspondencia epistolar recogida, había producido en aquel una obligación justa. Esta deuda se convierte en objeto de resarcimiento cuando don Luis escribe, con sobresaliente sinceridad, al señor Deán. El papel ineludible, preciso y necesario, desempeñado por este personaje en la formación de don Luis ha creado una deuda profesional que motiva el correspondiente ejercicio de la escritura. En segunda instancia, debería tenerse presente que el narratario en cuestión es tío carnal del narrador homodiegético, existiendo, pues, entre ambos personajes una presunta relación afectiva, propensa a transparentarse fenomenológicamente a través de las disposiciones ejemplificadas en la correspondencia epistolar aludida. Por consiguiente, don Luis posee una deuda existencial con su tío, el señor Deán, que le había recogido a aquél desde la temprana edad de los diez años, al quedar huérfano de madre. De todo esto se deduce que la deuda contraída por el narrador se inserta en el ámbito de lo simbólico, pues hace referencia, por un lado, a la formación eclesiástica de carácter represor recibida por don Luis y, por otra parte, está relacionada con lazos sanguíneos procedentes de un parentesco familiar que impedían la consecución del placer propia del ámbito de lo imaginario. Desde el comienzo de la primera carta que dicho personaje envía al señor Deán ya se pone de relieve una deuda contraída hacia él, asentada sin duda alguna en el pasado existencial de aquél. Así se expresa a tal respecto el narrador homodiegético de las "Cartas de mi sobrino":

> Querido tío y venerado maestro: Hace cuatro días que llegué con toda felicidad a este lugar de mi nacimiento, donde le he hallado bien de salud a mi padre, al señor Vicario y a los amigos y parientes. El contento de verlos y de hablar con ellos, después de tantos años de ausencia, me ha embargado el ánimo y me ha robado el tiempo, de suerte que hasta ahora no he podido escribir a usted.
>
> Usted me lo perdonará. (35)

La sensibilidad inicial de don Luis es tal que una leve demora de días para iniciar el ejercicio epistolar provoca en él la necesidad de tener que pedir disculpas. Tal comportamiento pertenece, indudablemente, al ámbito de lo simbólico. No obstante, las disposiciones afectivas de dicho narrador homodiegético, focalizadas en la personalidad de Pepita, apuntan a un intento mani-

fiesto dirigido a abandonar dicho ámbito, al tiempo que se insinúan los placeres del de lo imaginario. Expresado de otro modo, el presente existencial desde el que escribe don Luis proyecta un conflicto no resuelto entre dos tipos de intensidades contrapuestas y experimentadas en un tiempo pretérito. La primera se encuentra relacionada con un pasado algo remoto, inserto en los años de educación eclesiástica. La segunda es más cercana en el tiempo y alude a la experiencia inmediata de los sentido por don Luis al conocer y entrar en contacto con Pepita. Ambas intensidades se canalizan en la disposición afectiva, caracterizada por el conflicto realmente irresoluble de que es objeto el narrador homodiegético de las "Cartas a mi sobrino," el cual presiente un futuro sombrío inquieto, conforme se expresa dicho personaje en las últimas líneas de la citada carta final. En el presente existencial de don Luis, y mucho más en el futuro, se ejemplifica un caso notorio de lo entendido por diferencia en los mencionados escritos de Lyotard. Según pone de relieve la correspondencia epistolar aquí tratada, tal diferencia viene a consistir en un conflicto irresoluble entre lo connotado semánticamente por los respectivos ámbitos, el de lo simbólico y el de lo imaginario. Al referirse teóricamente a la solución que pudiera otorgarse a los conflictos surgidos entre tales ámbitos, Jacques Lacan suele introducir la función mediadora desempeñada por un nuevo ámbito: el de lo real.[14] Ahora bien en el caso de la disposición afectiva relatada por el susodicho narrador homodiegético no se vislumbra posibilidad alguna de inmersión en ese ámbito, incompatible a todas luces con lo expuesto reflexiva, retórica o fenomenológicamente en las "Cartas de mi sobrino."[15] Don Luis se esfuerza, con todos los medios a su alcance de que dispone, con el fin de encontrar una salida satisfactoria a su disposición afectiva que quede integrada en el ámbito de lo real, sin llegar a tener éxito en ninguno de sus intentos. Conforme se pone de manifiesto una y otra vez, el pretender compaginar las imposiciones opresoras con los impulsos instintivos propios del ámbito de lo imaginario, reflejados en las disposiciones afectivas narradas, resulta a todas luces infructuoso y hasta imposible, produciéndose, en consecuencia, un ejemplo nítido y manifiesto

[14]Si el ámbito de lo imaginario se corresponde con el id freudiano, el de lo simbólico lo hace con el superego y el de lo real con el ego.

[15]Acaso sea el goce, previo al placer en algunos casos, la única disposición afectiva sentida por don Luis que pudiera incluirse en el ámbito psicoanalítico de lo real.

de lo connotado semánticamente por la diferencia, inserta ésta en un conflicto irresoluble. Tal desenlace insatisfactorio de lo relatado en las "Cartas de mi sobrino" deja las puertas abiertas a lo proyectado por el final inconcluso de dicha correspondencia epistolar, de acuerdo con la cual acaso no resulte factible que acabe triunfando el ámbito opresor de lo simbólico, propio de lo impuesto por la formación eclesiástica, o que, por el contrario, sea el ámbito de lo imaginario el vencedor, convirtiéndose en un instrumento existencial de liberación no reprimida.

A la hora de recapitular brevemente lo que precede conviene insistir una vez más en que el discurso epistolar de la correspondencia que don Luis dirige a su tío el Deán evidencia las disposiciones afectivas de un narrador que, aunque en unas ocasiones divaga a través de reflexiones lógicas y en otras usa argumentaciones de tipo retórico, se encuentra en conflicto consigo mismo al no ser capaz de salir de la confrontación protagonizada por los correspondientes ámbitos de lo imaginario y de lo simbólico, siempre dispuestos a acechar del modo que fuere. No obstante, el narrador homodiegético en cuestión que parece demostrar ser honrado en lo que escribe, presentándose realmente digno de confianza, se siente en la obligación de rescindir una deuda que en justicia tiene adquirida con el señor Deán, a pesar de que este personaje es en gran parte responsable de que al propio don Luis le persiga con implacabilidad el ámbito opresor de lo simbólico. Debido a dicha deuda, la escritura epistolar del narrador homodiegético se desenvuelve con cierta fluidez y sin ocultar nada de modo irreparable. Tal ausencia de enmascaramiento existencial se produce precisamente porque se llega a trascender las meras reflexiones desvirtuadoras o las estrategias retóricas interesadas y oportunas, haciendo que no dejen de prevalecer disposiciones afectivas convertidas en rasgos caracterizadores, con rigor y precisión, del estado de ánimo en el que, de forma paulatina, va cayendo don Luis. Lo que este narrador lleva a cabo resulta ser, en última instancia, un ejercicio de transparencia fenomenológica focalizada en disposiciones canalizadoras de intensidades previamente acaecidas. A todo esto conviene agregar que el final abierto de la correspondencia epistolar en cuestión puede muy bien implicar que las disposiciones afectivas que acechan a la escritura del narrador homodiegético acaso contribuyan, con duplicidad no exenta de disimulo, a la fabricación de nuevas intensidades que pudieran encauzar el desenlace de lo relatado en direcciones no necesariamente establecidas con anterioridad. En cualquier caso, la apertura final de la correspondencia en

cuestión, lo mismo que la bien conseguida transparencia fenomenológica de las disposiciones afectivas padecidas por don Luis, convierten a lo relatado en las "Cartas de mi sobrino" en una muestra ejemplar de escritura introspectiva focalizada en los propios sentimientos e inconformista respecto a imposiciones alienadoras, precisadas de una bien merecida liberación.

OBRAS CITADAS

ARISTÓTELES. *Retórica*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1990.

BERNE, Eric. *What Do You Say After You Say Hello?* New York: Bantam Books Inc., 1975.

—. *Transactional Analysis in Psychotherapy*. New York: Grove Press, 1975.

—. *Games People Play*. New York: Random House, 1976.

BROOKER, Peter. *A Glossary of Cultural Theory*. London: Oxford University Press, 2003.

DERRIDA, Jacques. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

—. *Margins of Philosophy*. Chicago: University of Chicago Press, 1982.

—. *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989.

—. *Posiciones*. Valencia: Pre-textos, 1977.

DÍAZ PETERSON, Rosendo. "*Pepita Jiménez* de Juan Valera, o la vuelta al mundo de los sentidos." *Arbor* (1975): 39-51.

EAKIN, Paul John. *Touching the World: Reference in Autobiography*. Princeton: Princeton University Press, 1992.

—. *How Our Lives Become Stories: Making Selves*. Ithaca: Cornell University Press, 1999.

—. "What Are We Reading When We Read Autobiography?" *Narrative*. 12, 2 (May 2004): 121-132.

FEAL, Carlos. "*Pepita Jiménez* o del misticismo al idilio." Enrique Rubio Cremades Ed.. *Juan Valera*. Madrid: Taurus, (1990): 263-276.

FREUD, Sigmund. *Civilization and its Discontents*. New York: W.W. Norton and Company Inc., 1962.

GONZÁLEZ LÓPEZ, Luis. *Las mujeres de don Juan Valera*. Madrid: Aguilar, 1934.

GUMBRECHT, Hans Ulrich. *Production of Presence. What Meaning Cannot Convey*. Standford: Standford University Press, 2004.

HEIDEGGER, Martin. *El ser y el tiempo*. Madrid: FCE, 1989.

HERNÁNDEZ IGLESIAS, Manuel. *El tercer dogma. Interpretación, metáfora e inconmensurabilidad*. Boadilla del Monte (Madrid): Antonio Machado Libros, 2003.

HUSSERL, Edmund. *Investigaciones lógicas*. Madrid: Alianza, 1999.

—. *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología tras-*

cendental. Barcelona: Crítica, 1991.
KRISTEVA, Julia. *Desire in Language: a Semiotic Approach to Literature and Art*. New York: Columbia University Press, 1980.
—. *Revolution in Poetic Language*. New York: Columbia University Press, 1984.
LACAN, Jacques. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Barral, 1977.
—. *Speech and Language in Psychoanalysis: The Language of the Self*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1981.
LEITCH, Vincent B.. *Cultural Criticism. Literary Theory. Poststructuralism*. New York: Columbia University Press, 1992.
LIDDEL, Robert. *A Treatise on the Novel*. London: J. Cape, 1947.
LOTT, Robert S.. *Language and Psychology in Pepita Jiménez*. Urbana: University of Illinois Press, 1970.
LYOTARD, Jean-François. *The Postmodern Condition: a Report on Knowledge*. Manchester: Manchester University Press, 1984.
—. *The Differend: Phrases in Dispute*. Manchester: Manchester University Press, 1988.
—. *Libidinal Economy*. London: Athlone, 1993.
MONTICELLI, Roberta de. *El futuro de la fenomenología. Meditaciones sobre el conocimiento personal*. Madrid: Cátedra-Universitat de Valencia, 2002.
OLIVER, Kelly. *Reading Kristeva. Unraveling the Double-bind*. Bloomington: Indiana University Press, 1993.
PARDO BAZÁN, Emilia. *La madre naturaleza*. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
PEREDA, José María de. *Peñas arriba*. Barcelona: Planeta, 1988.
PHELAN, James. *Narrative as Rhetoric*. Columbus: The Ohio State University Press, 1996.
—. *Living to Tell about It: A Rhetoric and Ethics of Character Narration*: Ithaca: Cornell University Press, 2004
REDONDO SÁNCHEZ, Pablo. "El autoconocimiento y la fenomenología de los afectos." María del Carmen Paredes Martín Ed.. *Intencionalidad y sentido. Problemas de fenomenología y metafísica*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, (2003): 161-176.
RICOEUR, Paul. *Freud: una interpretación de la cultura*. Madrid: Siglo XXI, 1975.

—. *Lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999.
SMITH, Anne-Marie. *Julia Kristeva. Speaking the Unspeakable*. London: Pluto Press, 1998.
STANZEL, F. K.. *A Theory of Narrative*. New York: Cambridge University Press, 1984.
VALERA, Juan. *Pepita Jiménez*. Madrid: Taurus, 1982.
WILLIAMS, James. *Lyotard. Towards a Postmodern Philosophy*. Cambridge: Polity Press, 1998.